

En Pasto

El principito contra el mundo

En este colegio los profesores no son profesores, son compañeros de viaje y verdaderos amigos de sus alumnos, más de la mitad de los cuales estudian becados y, junto con sus compañeros, consideran la jornada escolar lo mejor de su día, y de sus vidas. Allí los estudiantes de muy distinto origen social, étnico y económico aprenden a enriquecerse con la perspectiva y la historia personal de cada uno. Esto lo logran profesores que crean un clima de confianza y de escucha atenta y lo transmiten con su ejemplo a los estudiantes.

Por :Gustavo Reyes
Fotografía: Julián Lineros



En El Principito todo funciona en sentido contrario. Las diferencias sociales, económicas y raciales han desaparecido. Aunque es un colegio, no hay profesores sino personas que miran en una misma dirección, y sus discípulos #que provienen en buena parte de barrios marginales violentos# han sucumbido al afecto. Tampoco hay un rector, porque la dirección es compartida; se estudia lo que los alumnos desean y necesitan; no se habla de colegio sino de «viaje» y todos, maestros y discípulos, dividen sus vidas en antes y después de El Principito.

El resultado de semejante concepto de la educación es igualmente estrambótico: los 250 niños y adolescentes que llenan cada día los salones de El Principito ven con pavor las vacaciones, trabajan solos o en grupo con absoluta responsabilidad, se afanan por colaborar, consideran el colegio la mejor parte de sus días, se desesperan por aprender y encuentran tan normal que sus maestros lleguen a visitarlos a la casa como que les suelten de repente un abrazo apretado.

¿Qué está pasando? se preguntaron hace ya diez o doce años los supervisores de la Secretaría de Educación del municipio cuando evaluaron el colegio. Su conclusión fue que no cumplía las normas vigentes y por tanto no fue aprobado. Pero con la aprobación de la Ley General de Educación, en 1994, la propuesta pedagógica del colegio fue acogida oficialmente.

Pese a su avanzado modelo pedagógico, los conceptos y la historia de El Principito datan de hace treinta años. Pero ahora esas tres décadas de esfuerzos están a punto de irse a pique, de desaparecer. Si ocurre, no sólo se perderá un plantel educativo más, sino que habrá finalizado uno de los aportes pedagógicos más originales e importantes de Nariño, al que deben un futuro distinto cientos de hombres y mujeres. El problema es que a partir del año anterior el gobierno municipal, por problemas presupuestales, redujo a la mitad el aporte que hace al colegio por atender población vulnerable y El Principito comenzó a naufragar; el número de becarios #que supera con creces al de los que pagan pensión# y la falta de sede

propia se convirtieron en un grave lastre.

Volver, siempre volver

Yolanda Pantoja ya no asiste a clases en El Principito. Al no ser aprobados décimo y once por falta de recursos debió retirarse y ahora estudia en otro instituto, pero le resulta tan difícil desprenderse de su colegio, que al menos un par de veces al mes regresa de visita. Y no es la única, en realidad hace parte de un grupo de veinte muchachos y muchachas que siguen sin hacerse a la idea de que no regresarán nunca más a El Principito. Hay una especie de mutilación en el hecho de que ellos no se gradúen en "su colegio". Ella cree que cada vez lo acepta mejor, aunque "ellos no", dice mirando a los muchachos que conversan con Pacho, un joven profesor, veterano del colegio.

Yolanda no pasa necesidades, no corresponde a ese grupo que aparte del almuerzo en el colegio no prueba bocado. No, ella simplemente llegó porque a su mamá se le ocurrió que ese era el lugar adecuado después de un año de receso voluntario. El viento que despeina su pelo negro hace flamear la chaqueta de lycra. Excepto por unos toques rosados en las mejillas, como resultado del solazo del mediodía, es blanca como una porcelana. Recuerda. El primer día, antes de ingresar, se detuvo a contemplar el que iba a ser por lo menos durante los próximos diez meses su colegio, y no le gustó nada. "Lo miré de afuera y dije: No, no, no me gusta. Me quería regresar, pero, pues, decidí entrar, y ese primer día me gustó mucho. Al otro día ya quería volver rapidito. Es que los profesores se vuelven tus amigos; bueno, realmente no debería utilizar la palabra profesor. Ellos te dan la confianza para que te sientas bien. Les importa lo que sientes y lo que piensas, no es solo enseñar así y ya. Se interesan por ti, y eso es algo muy satisfactorio. A cualquier persona le agrada que alguien, aparte de la familia, se preocupe por uno".

Una sorprendente reserva de alegría



Para Judy y Madame, El Principito en cambio fue como un regalo caído del cielo. Justo cuando su mamá no podía seguirles pagando la escuela, se enteró de que en un colegio estaban regalando becas; Era un milagro, y aun lo sigue siendo diariamente. De eso hace cuatro años de constante crecimiento y que quizá representen el hecho más importante de sus existencias, que no son en absoluto fáciles. Viven fuera de Pasto, y aunque de madrugada el frío cala hasta los huesos, Madame y Judy están bajo el agua helada a las cinco en punto. Media hora después llegan a la carretera con su madre, y a las siete se hallan a las puertas de El Principito, siempre sonrientes, contentas de otro nuevo día de colegio. Después de clases, a la una y media, salen hacia la bodega, donde comienza su labor como recicladoras. Al llegar cambian las sudaderas por ropas de trabajo y, mientras Judy y su mamá comienzan un recorrido en zorra por las canecas de los barrios, los supermercados y los centros comerciales de Pasto hasta las seis o siete de la tarde, Madame se queda seleccionando la prensa, la cartulina, el archivo (papel blanco) y el plástico.

Una vez descargan la zorra se cambian y regresan a su hogar, muchas veces sin haber almorzado. Agotadas, pero sabiendo que la jornada aún no termina, #por el camino hay que cortar pasto para darles de comer a los curíes# hacen un último esfuerzo, y mientras mamá prepara algo de comer ellas hacen tareas. Cerca de las once, por fin, a dormir, porque hay que

madrugar. Los fines de semana también hay que ir a la ciudad a reciclar, el descanso no existe en su vocabulario. Sin embargo, es imposible encontrar en ellas rastros de amargura o resentimiento; al contrario, hay en cada una de sus sonrisas una sorprendente reserva de alegría que aflora fácilmente.

"Aquí nunca nos han discriminado #dice Judy, acodada en el pasto, con una vieja sudadera roja vuelta al revés# Nosotros no hemos tenido problemas ni con los profesores ni con los niños por ser tan pobres. Aquí eso no importa, importa es quién es la persona".

Sí, a nadie le interesa que reciclemos #la apoya Madame, que es rubia y rosada como su hermana, y se le parece tanto que invariablemente acaban por preguntarles si son gemelas. Los profesores son chéveres, ellos están preocupados por la vida de uno. Están pendientes de qué nos falta, de qué problemas tenemos. Siempre nos felicitan por ayudar a mi mamá".

Esos profesores, a quienes sus discípulos llaman por el nombre, han hecho de la educación personalizada un credo. En realidad son una especie de compañeros de viaje de sus alumnos, ya que solo así se entiende que ellos mismos decidieran bajar sus sueldos hasta el salario mínimo, para evitar que El Principito fuera cerrado hace un año. Desde luego no todos resistieron, algunos tenían familias que mantener y debieron dejar el colegio, abrumados de tristeza, con un regusto amargo. Así, de un solo golpe, la nómina se redujo en ocho profesores.

Cristian Flórez Revelo, uno de ellos, es educado en este colegio; luego estudió artes plásticas, pero regresó años después, fascinado con la perspectiva de poder continuar el proyecto pedagógico que a él le había dado una oportunidad excepcional de ser alguien. Cristian es ahora su representante legal y parece dispuesto a dejar la piel en su supervivencia. No puede, nunca pudo, olvidar el día en que Aida Figueroa, una de las fundadoras y alma de este plantel sui generis, no sólo lo admitió pese a sus antecedentes de inconstancia y desertión, sino que lo acogió y le demostró cuánto valía. Por eso, dentro de los principios del colegio se lee esta definición de su trabajo. "Somos un equipo de profesionales de la educación que como única alternativa para el desarrollo del hombre del mañana y de su región elige la calidad en el sentir, en el pensar, en el actuar y en el comunicar, como única vía para la realización coherente de un espacio de desarrollo humano abierto a todas las etapas de la infancia, de la niñez y de la juventud".

Una de las cosas que más impresiona de El Principito es la continua explosión de alegría de los alumnos, sin discriminación de edad. Quizá eso se deba a que allí todo funciona de otra manera. Es quizá el único colegio que ha hecho el pésimo negocio de dejar las pensiones de jóvenes con recursos para convertirse en refugio de los abandonados por la fortuna, con los onerosos costos que ello implica. Se les da almuerzo a los que no tienen cómo pagarlo, (muchos de los padres de estos niños son vendedores ambulantes, porteros, celadores) no se exigen más que unos cuantos cuadernos y bolígrafos y los libros, lápices de colores, marcadores y témperas los pone el colegio.

El Principito basa su filosofía educativa en la bella historia escrita por Antoine de Saint Exupéry, porque ella "encierra una concepción esencial con relación a lo que es el niño: el eterno viajero, ser imaginativo y singular, con formas de pensar y de sentir que le son propias y que recorre los otros universos para aprehender la realidad y relacionarse a través del afecto con las personas, los seres y las cosas".

Saint Exupéry, que fue piloto aéreo, desapareció en un vuelo sobre Francia durante la segunda guerra mundial, pero nos dejó un legado inmortal con su obra. Ahora, muy lejos de allí, en Pasto, El Principito agoniza, y un puñado de hombres y mujeres lucha para que reviva, porque su legado, como el de su inspirador, debe permanecer. De ello depende el destino de muchos niños para quienes ésta no sólo es la única, sino la última oportunidad.

Pasto, nariño

La capital del departamento de Nariño se acerca al medio millón de habitantes. Situada al pie del volcán Galeras, en el frío y fértil valle de Atriz, funciona como centro comercial y de distribución de mercancías de primer orden para la región agrícola circundante, y mantiene también un importante comercio con el vecino país de Ecuador.

Colegio El Principito

Fundado hace treinta años. Tiene 275 alumnos y doce maestros. Atiende niños y niñas de transición hasta 9° grado.

Competencias

Grados: 1°-3°. Grupo: Pluralidad, identidad y valoración de las diferencias. Estándar de competencia ciudadana: "Identifico y respeto las diferencias y semejanzas entre los demás y yo, y rechazo situaciones de exclusión o discriminación en mi familia, con mis amigas y amigos y en mi salón".